

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. FRANCISCO DE P. BARJAU Y PONS.

EL DÍA 17 DE DICIEMBRE DE 1916



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTALEGRE, NÚM. 5

1916

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. FRANCISCO DE P. BARJAU Y PONS

EL DÍA 17 DE DICIEMBRE DE 1916



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

CALLE DE MONTALEGRE, NÚM. 5

1916

RABI YEDAIAH HAPENINI

Señores Académicos:

Temo no saber corresponder al honor con que habéis favorecido a quien jamás hubiera tenido la pretensión de franquear los umbrales de esta ilustre Academia, cuyas puertas tan generosamente me habéis abierto. Por lo cual mi primer deber en este solemne acto es manifestaros mi profundo agradecimiento por tal merced, que sólo puede ser debidamente apreciada si se considera, por una parte, la dignidad de quienes la otorgan, y por otra, la falta de merecimientos en quien la recibe.

Cuando me vi designado para ocupar la vacante que dejó en esta Corporación la muerte de D. Francisco Miquel y Badía, mi ánimo se quedó confuso y como anonadado al ponderar los méritos y trabajos de mi ilustre predecesor. Todos recordáis al inolvidable Miquel y Badía: aquella su dición clara y concisa; aquella su crítica siempre justa; la buena fe que presidía a su labor educadora como periodista; la gran influencia que ejerció en el renacimiento literario y artístico de Cataluña, patentizada en trabajos importantes que revelan no menos su exquisito gusto que sus vastos conocimientos arqueológicos, tales como *El Arte en España*, *La habitación*, *El arte en la casa*, *Historia del mueble, tejido, bordado y tapiz*, *Nota sobre el empleo en España de los tejidos arábigos*. Yo le rindo desde aquí justo tributo de admiración.

Para substituir a tan ilustre Académico se os presenta un mero aficionado a las letras hebraicas, dedicado casi exclusivamente a iniciar a jóvenes alumnos en los elementos de la lengua de Moisés y de los Profetas. Parece natural, por consiguiente, que el tema de mi discurso haya de versar sobre alguna de las infinitas cuestiones que las Sagradas Letras ofrecen al hebraizante relacionadas ya con la Filología, ya con la Crítica o con la Exegética. Sin embargo, no me atreví a remontarme hasta las letras divinas; he preferido descender a las letras humanas que cultivó

el pueblo judío, huésped en nuestra propia casa, eligiendo un asunto de su literatura profana, que aunque exótica para nosotros, ha florecido en nuestra misma patria, donde han brillado eminentes lumbreras de saber y de cultura. En España más que en otra nación ninguna ha brotado rica y exuberante la literatura judaico-rabínica, que con su hermana la arábica constituyen dos importantísimas ramas de la literatura nacional.

Son innumerables los escritores españoles de raza judaica. Rodríguez de Castro llenó un grueso infolio con sólo dar una simple reseña de los mismos en su *Biblioteca Rabínica Española*; posteriormente Munk, Graëtz, Steinschneider y otros entre los extranjeros dan asimismo testimonio del número e importancia de las producciones hispano-rabínicas. Entre nosotros no hay que dejar de hacer mención, entre otros, de García Blanco, Amador de los Ríos y Fernández y González.

Bajo el nombre genérico de literatura española van comprendidas también las literaturas regionales que se caracterizan por las distintas lenguas habladas en las regiones donde se cultivaron. En este sentido no puede decirse que la literatura rabínica española ofrezca caracteres de literatura regional en ninguna comarca de la Península, porque la lengua culta empleada en sus producciones literarias era la misma en todas partes. A pesar de esto yo me inclinaria a creer que, viviendo los judíos dentro de nacionalidades entre sí independientes en la misma España, algunas diferencias deberían de distinguir, por ejemplo, a los judíos de Cataluña y mediodía de Francia pertenecientes a la Corona de Aragón, de los judíos andaluces sometidos a los reyes moros de Sevilla o de Granada, y también de los judíos súbditos de la Corona de Castilla. Diferencias no seguramente étnicas, ni de religión, ni de lengua literaria; pero sí de lengua vulgar, carácter, clima y medio ambiente. Por esto entiendo que ofrece para nosotros mayor interés el estudio de aquellos ingenios que descollaron en nuestra región que tantos y tan insignes produjo, porque no fueron las aljamas catalanas las que menos contribuyeron al esplendor de las letras judaicas en los siglos del mayor apogeo de la monarquía aragonesa.

La figura de uno de estos ingenios pertenecientes al siglo de mayor cultura y actividad literaria de las sinagogas catalanas es la que me propongo esbozar ligeramente en este modesto trabajo, enumerando las muchas y variadas obras en las que dió evidentes muestras de su vasto saber y dejó impreso el sello de su carácter. Tal es la figura del famoso polígrafo ר' ידעיה הפניני בן אברהם בדרשי (1), Rabí Yedaiah

(1) El nombre propio ידעיה se lee varias veces en el Sagrado Texto (Zacarías, VI, 10, 14; Esdras, II, 36; Nehemías, VII, 39; XII, 6, 7, 19, 21, y en I Paralip., IX, 10; XXIV, 7): significa, según Leopold, *Jehova*

Hapenini ben Abraham Badrasí o Bedersi (1), llamado por otro nombre אֲבֹנֵיט אַבְרָם, Anbonet, o Enbonet, Abram (2). Fué uno de los Rabíes de más alto renombre, como lo demuestran los elogios de sus contemporáneos que le apellidaban קַמְלִיץ, *Hammelitz* (esto es: *el Orador*) y los de críticos posteriores, entre los cuales se distingue Juan Buxtorf, y sobre todo el converso Felipe de Aquino, quien sintetiza su elogio en estos términos: *fué un varón ilustre, dotado de clara intuición, sano criterio, juicio sereno, erudición nada vulgar y de grande elocuencia. Fué español de nacimiento, como se ve por su estilo lleno de agudezas y de pensamientos fogosos y atrevidos, pero bien meditados.*

La cultura rabínica, que fué influida grandemente por la arábica, tuvo en el siglo X su centro principal en el Califato cordobés; pero por efecto de persecuciones, de que tan a menudo ha sido víctima la raza judaica, y de la invasión almohade trasládase sus focos principales de cultura a los estados cristianos del centro de España y también al reino de Aragón. Aquí fué donde floreció una pléyade de ingenios que llenan los siglos XII, XIII y XIV hasta el momento en que con las desgracias que pesan sobre los infelices judíos se eclipsan los fulgores de aquella abundante producción literaria, que con su raza hubo de emigrar a diversos países.

Perteneciendo R. Yedaiah a la segunda mitad del siglo XIII y a principios del siguiente, no parecerá fuera de lugar una sucinta indicación del ambiente religioso, filosófico y literario en que se ejercitó su actividad. Sabido es que entre los judíos se desarrolló la afición a los estudios filosóficos a imitación de los árabes, dibujándose opuestas tendencias: la mística y la racionalista. Tres genios dentro del judaísmo representan otros tantos sistemas filosófico-teológicos, a saber: Jehudah-Leví que simboliza un tradicionalismo cabalista, siendo su obra capital el

cognovit; pero, según Gesenius, *quem Jehova curavit*, tomando sin duda la raíz ידִי en el sentido usado en Génesis, XXXIX, 6. Es bastante varia la transcripción de dicho nombre propio. Los LXX transcriben Ἰεδοῦζ, Ἰωδαε̅ y Ἰεδιξ; la Vulgata, *Idaia, Iudaia, Iodaia, Iedaia, Iedei*; Sanctes Pagnino *Iedahiah, Iedaiah*, y una sola vez *Iedahaiiah*; Vatablo casi siempre *Iedaiah* y dos veces *Iedaaiiah*. De todas estas transcripciones me ha parecido la más exacta *Iedaiah*.

(1) Entre las diversas maneras de designar a R. Yedaiah, ninguna me ha parecido tan exacta como la de Rodríguez de Castro; Rabí Yedaiah Hapenini ben Abraham Bedersi, esto es: Rabí Yedaiah Hapenini hijo de Abraham de Beziers.

(2) Muchos son los judíos catalanes a cuyo nombre se antepone. אֵן *An* o *En*, lo que no es otra cosa que el tratamiento catalán equivalente al *Don* castellano. R. Yedaiah se llama a sí mismo טוּבִיָּה : tal vez por este motivo R. Salomón ben Adret solía dar a nuestro rabí el nombre familiar de Enbonet.

Kuzary de carácter religioso; Aben-Gabirol o Avicibrón que representó la escuela místico-racionalista en su obra principal *מקור חיים*, *Fuente de la vida*; finalmente Moisés ben Maimón, o sea, Maimónides, llamado comúnmente en Cataluña *Moisés d'Egipte*, el genio más grande, sin duda alguna, de la raza judaica, que funda una especie de racionalismo aristotélico, si así cabe llamarlo. Su obra *מורה נבוכים*, *Guía de los perplejos*, *Dux perplexorum* o *Dux dubitantium* (1) representa un esfuerzo colosal de la razón aplicada a la interpretación y explicación de las Sagradas Escrituras. Sus tesis, acaso no tan radicales como las de Averroes entre los árabes, suscitan recelos entre los ortodoxos, quienes ven socavados los fundamentos de la divina revelación, manifestándose bien pronto en la familia judaica la división en dos contrarios bandos. La contienda entre maimonistas (partidarios del racionalismo exegético) y antimaimonistas empieza desde el primer tercio del siglo XIII, poco tiempo después de la muerte de Maimónides; y si bien al principio los primeros lograron el triunfo, sobrevino luego una poderosa reacción talmudista que fué la que prevaleció en las sinagogas de Cataluña. Aquí y en Provenza se llegó hasta a condenar la *Guía de los perplejos*, porque su racionalismo comenzaba a parecer peligroso a los más autorizados judíos (2). No es este el lugar de exponer la historia de la contienda que llegó a su período más agudo en el Mediodía de Francia.

Sosegada algún tanto la lucha, renóvóla más tarde a fines del siglo XIII y principios del XIV, Abba Mari de Lunel, ardiente adversario de las doctrinas de Moisés de Egipto y fervoroso defensor de los estudios talmúdicos, que veía postpuestos y aún postergados por los maimonistas. La expulsión de los judíos de Francia en 1306 dió fin a las disputas.

A pesar de todo, la afición a los estudios filosóficos, ya que no el afán de conciliar a Aristóteles con la Thorah, se había enseñoreado de no pocos espíritus, hasta el punto de que aun los mismos ortodoxos hubieron de llegar a una transacción, autorizando a los judíos el estudio de la filosofía, con la restricción empero de que no se dedicasen a los estudios filosóficos antes de la edad de 25 años. Tal decreto fué dado en 1305 por el sínodo de Barcelona presidido por el jefe supremo de su sinagoga R. Salomón ben Addéreth o Adret, quien por espacio de 40 años, según Graëtz, ejerció el supremo magisterio para todas las sinagogas, no sólo de España, sino de Europa y aún de África y Asia. Murió dicho rabí en 1310: Abba Mari compuso en el mismo año una elegía en su honor.

(1) El título de esta obra ha sido traducido de diversa manera. Unos le llaman *Guía de los extraviados*, otros *Guía de los que dudan*; pero si el participio *נבוכים* (no *נבוקים* como he visto escrito erróneamente), conserva en la mente de Maimónides la misma significación que en el pasaje de donde lo tomó (Exodo, XIV, 3), es evidente que debe interpretarse por *los perplejos*, esto es, *los que titubean*.

(2) Menéndez Pelayo, *Estudios literarios*, II Serie, pág. 393.

Sucedió a Ben Adret en el sumo pontificado R. Josef ben Jachia, quien siguió profesando con igual intransigencia las doctrinas de su antecesor (1).

Esta es la época en que floreció nuestro R. Yedaiah, época precisamente de fecunda actividad científica y literaria así en el mundo judaico como en el cristiano y aún en el musulmán. En ella fueron célebres las aljamas de Barcelona y de Gerona por el número y calidad de doctísimos maestros que produjeron, haciendo exclamar a Isaac ben Schéschet con amable hipérbole: ארירא דברצלונה מחכים בינה, *el aire que se respira en Barcelona engendra sabios*.

¿Es R. Yedaiah Hapenini natural de Barcelona? No creo que haya pruebas concluyentes para afirmarlo; pero está fuera de duda que floreció en esta ciudad a fines del siglo XIII y que en ella compuso la mayor parte de sus obras. Casi todos los que de literatura rabínica tratan, dan por supuesto que Hapenini es español y catalán, y no pocos lo tienen por natural de Barcelona (2). El mismo sobrenombre de *En Bonet*, con que muchas veces se le designa, claramente demuestra su filiación catalana; y si bien es cierto que se le llama a veces Badrasí, Bedersí o Bedarsi (que quiere decir natural de Beziers), es porque se aplica al hijo el sobrenombre que al padre se le daba por ser natural de dicha ciudad francesa. Rodríguez de Castro en su obra ya citada *Biblioteca Rabínica Española* dice que nuestro rabí era apellidado también *Margarith* por ser catalán. Es fácil adivinar que ese apellido debe ser la traducción de הפניני, *Happerini*, esto es, *perla*, en latín *margarita*.

Más importante que fijar la patria de nuestro autor sería conocer algún detalle biográfico del mismo, pero ni por el examen de sus propias obras, ni por el testimonio de sus contemporáneos, así correligionarios como cristianos, podemos llegar a afirmaciones concretas; de tal manera que siguen siendo inseguras las fechas mismas de su nacimiento y de su muerte. La primera de éstas oscila entre los años 1250 (la más probable)

(1) Según Rodríguez de Castro en su *Biblioteca Rabínica Española*, los judíos de España empezaron a contar las edades de sus *Maestros*, o sea de sus *Rabanim*, desde el fallecimiento de R. Haye, supremo *gaón* en Persia. Estos *Rabanim* substituyeron a los antiguos *Doctores* y fueron maestros de las escuelas de los *Karaitas*, *Rabanitas* y *Kabalistas*. Dichas edades, desde el siglo XI hasta fines del XIV, son nueve, que se distinguen por el nombre del Maestro o Jerarca supremo. La edad séptima es la que corresponde al pontificado, por decirlo así, de R. Salomón ben Adret de Barcelona.

(2) Es opinión casi universalmente aceptada que nuestro rabí, aunque oriundo de Beziers, de donde era su padre Abraham ben Isaac, fué español de nacimiento y residente en Barcelona. De esto último no cabe en absoluto la menor duda.

y 1280; y la segunda entre 1315 y 1340. En favor de la opinión que fija el nacimiento en 1250 milita la razón de que la época de su mayor actividad literaria fué a fines de la décima tercera centuria, y sobre todo la de que una de sus obras más renombradas, la *Carta apologética*, hubo de ser escrita en los primeros años del siglo XIV y acusa no la pluma de un joven sino el juicio de la edad madura.

Dejando a un lado, pues, lo referente a los datos biográficos de R. Yedaiah, paso a dar una reseña sucinta de todas las obras que se le atribuyen. Son de tan variada índole que se hace difícil dar una clasificación de las mismas, pues su vasto talento abarcó todas las ramas del humano saber entonces conocidas. Pero la nota simpática que más le caracteriza es la de cultivador de la filosofía moral; la de ser moralista místico. Mas no por esto cultivó menos las ciencias profanas, y hasta se constituyó en paladín de las mismas en su citada *Carta apologética*.

Pasando ya a la enumeración de las obras de Hapenini, daré cuenta de ellas siguiendo un orden más o menos metódico, pero llamando especialmente la atención sobre las que ofrecen interés universal y humano, porque son fruto del estudio de la naturaleza del hombre que es la misma en todos los tiempos y lugares.

Hay obras que presentan carácter teológico o escripturario y otras carácter científico o filosófico.

Entre las primeras figuran el *ביאור* o *באר*, *Biur*, citada, entre otros, por Rossi, Zunz y Rodríguez de Castro. Es, como indica su nombre, una *exposición* o *ilustración*, y lo es del comentario de Aben Ezra sobre el Pentateuco. Otra es un comentario sobre los Salmos, titulado *לשון זהב*, *Lengua de oro*, impreso en Venecia en 1593 y 1599. Existen otros comentarios a las *Hagadoth* y a los *Midraschim*, de los cuales, así como de otro sobre *Aboth*, hay un manuscrito en la Biblioteca del Escorial. En opinión de Renán, este último trabajo acusa la juventud del autor.

Pudírase agregar a estas obras religiosas un poemita acerca de los trece artículos de la fe, formulados por Maimónides al final de su *מורה נבוכים* (*Guía de los perplejos*) en los que se contiene toda la doctrina que ha de creer y profesar el judío, referente a la existencia de Dios, creación del mundo, inmortalidad del alma, resurrección de la carne, etc.; artículos todos que puede subscribir un católico, si se exceptúa el duodécimo, pues éste contiene la esperanza en el Mesías que ha de venir. El poemita se halla al principio de un manuscrito que existe en el Museo Británico junto con el *Divan* o colección de poesías de su padre Abraham Bedersi; y sin duda por esta circunstancia se ha atribuido al hijo.

Pero en el campo de las ciencias profanas fué donde Hapenini dió muestra de sus mejores talentos, como antes he indicado. Ninguna cien-

cia le era desconocida: la astronomía, las matemáticas, la filosofía (que comprendía la lógica, física y metafísica), hasta la medicina, todas le eran familiares; y si bien no se distingue por la originalidad en las ciencias teóricas, en cambio imprimió el sello de su personalidad en las morales, que son las que le han granjeado fama perdurable. Por esto me detendré un poco más en la exposición, siempre sucinta y como en esqueleto, de las segundas.

Entre las obras más notables de Yedaiah se cita el **כתב הדעת**, esto es, *Libro del conocimiento* o bien *Tratado del intelecto*, en la que parafrasea o comenta el libro del filósofo árabe Al-Farabi. Ha sido traducida e impresa, según Bédarride, junto con las obras filosóficas de Avicéna. Tiene por objeto examinar las diversas acepciones de la palabra intelecto, que, según el autor, son las seis siguientes: acepción vulgar en sentido de inteligencia o entendimiento; el intelecto o entendimiento que nos lleva a lo que dicta la razón; el especulativo por el que distinguimos lo verdadero de lo falso; el práctico que nos hace distinguir el bien y el mal; el entendimiento activo y el pasivo; finalmente la inteligencia primera, o sea, Dios.

Otra de las obras notables de Hapenini es la que se refiere en particular al llamado intelecto material o pasivo **הדעת בשכל החמרי**, esto es, *Ciencia o Conocimiento sobre intelecto material*. Su objeto es dilucidar la teoría aristotélica acerca de este entendimiento, teoría que para él era bastante obscura. Por esto en dicho libro hace la crítica de las diversas opiniones de los filósofos, que reduce a cinco puntos de vista, a saber: el de Alexander; el de los comentadores de Aristóteles en general; el de algunos de ellos en particular; el de Averroes; el de Al-Farabi. Steinschneider pregunta si el criterio de Hapenini es el mismo que el de Alexander según la paráfrasis de Averroes; y si es él quien tradujo el fragmento que han comentado Narboni y Josef ben Schemtob.

Bien se comprende que todos estos trabajos científicos y algunos otros de que hablaré luego, no tienen hoy sino un valor meramente histórico; y que en vano se sacarían del olvido en que yacen en las bibliotecas como no fuera en interés de los estudios relacionados con la historia de la filosofía. La enumeración que de todos ellos voy haciendo es para demostrar que nuestro rabí fué un verdadero polígrafo, que estuvo a la altura de los últimos conocimientos de su tiempo, siéndole familiares los escritos todos de los autores así árabes como hebreos.

Siguiendo, pues, la reseña de los trabajos científicos de Hapenini, encontramos un libro sobre la teoría del movimiento. Intitúlase **המאמר בהפכי המהלך**, *Tratado sobre los opuestos en materia de movimiento*. Versa sobre un pasaje de los Comentarios mayor y medio de Averroes en su tratado del Cielo; y se examinan en él los movimientos contrarios en las líneas rectas y curvas. Nuestro autor des-

arroja la tesis de que dichos movimientos sólo pueden verificarse en las líneas rectas.

A esta tesis le opusieron algunas objeciones; y con tal motivo escribió Yedaiah su *כתב ידחת עצמות*, o sea, *Libro de la confirmación o Libro de la corroboración*.

Existe una disertación acerca de la forma de las especies, en la cual se examina si los individuos *אישים* de la misma especie que se diferencian por sus accidentes difieren también por su forma esencial; o bien si dicha forma es inherente a la especie y la comprende toda, no diferenciándose los individuos más que por los accidentes. Como se ve, esta cuestión es de las más importantes de la filosofía, que va a parar al monismo según el sentido en que se la resuelva. Moseh ben Habib tituló esta disertación *הצרות המיניות*, *Libro de las formas específicas*. Bibago hizo un resumen de la misma; y dice que el autor se hace pesado con discursos inútiles y que no ha entendido bien a Aristóteles, pues no lo conoce sino por el *Compendium* de Averroes.

Comentó además nuestro rabí partes aisladas de la *Guía de los perplejos*, a saber, las 25 proposiciones que constituyen la introducción a la segunda parte de la obra. Este comentario recibió el nombre de *מדבר קדמות*, *Desierto de Quedamoth*, aludiendo a Deut. II, 26. Steinschneider dice que este trabajo sólo es conocido por una cita del autor mismo.

El ya nombrado Moseh ben Habib menciona otros dos trabajos de Hapenini, hoy perdidos, sobre Lógica, a saber: *באורה הגיון*, es decir, *Explicaciones de Lógica* y *הדיות הראשונות*, esto es, *Tratado de los primeros principios* (o de los seres primeros).

Bartolucci y De Rossi atribuyen a nuestro autor una *Carta de constestación*, *אגרת החשבה*, que se halla en varios manuscritos; sin embargo no consta de una manera positiva que lo sea.

Termino esta rápida enumeración de los trabajos científicos de R. Yedaiah, señalando uno de los libros más notables que salieron de su pluma, cual es el Comentario de una parte del Canon de Medicina de Avicena, en el que, según dice, se esforzó en comentar en forma de preguntas y respuestas *el grande, el conocido libro que comprende la medicina, הכולל*. De él hay un manuscrito en Parma, defectuoso por el fin y difícilmente legible; pero, según Renán, hay otro en la Biblioteca del Escorial, que empieza con estas palabras: *Recorriendo el gran libro de Medicina del sabio filósofo Ibn-Sina mis ojos se iluminaron por una poca de miel que de él gusté, y mi alma se alegró con lo poco que pude alcanzar de sus dichos maravillosos..... Daré principio por las cuestiones que ofrece el primero de los cinco libros del Canon, y luego seguiré con los restantes tratados*.

Con lo dicho bastaría para dejar fuera de duda que ninguna de las disciplinas de la Edad Media fué desconocida de nuestro rabí. Falta, sin embargo, echar una ojeada sobre aquellos de sus trabajos en que

más ha dejado impreso el sello de su personalidad, a saber, las obras de doctrina moral que constituyen el legítimo fundamento de su fama.

Una de ellas, fruto de su edad juvenil, es la que se titula ספר הפרדס, *Libro del paraiso*, dividido en cuatro capítulos. En la misma se evidencian las aficiones del autor y la dirección de su espíritu hacia el lado práctico de la vida humana. Cuenta en el prefacio que hablando de ética con sus amigos, éstos le rogaron que compusiese un tratado de filosofía moral, y para complacerles escribió el presente, titulándolo *Libro del paraiso*, o del jardín; porque, decía, así como en un jardín no se cultivan las plantas ordinarias, sino las flores más exquisitas, así también en este libro no se trata de las acciones comunes de los hombres, sino sólo de las virtudes que son como flores escogidas que cultiva la humanidad.

La obra verdaderamente monumental, aunque de pequeño volumen, la que más nombraría ha dado a su autor, por la cual es conocido en todos los ámbitos del judaísmo y aún fuera de él, y que por tanto merece un estudio algo más detenido, es el *Examen del mundo*, בדינת עולם, o בדינת עולם, peregrino libro que enseña cuanta es la vanidad de las cosas mundanas y el desprecio que debe merecer a todo hombre sensato (1). Su éxito fué asombroso, como lo prueban los muchos manuscritos que de él se hallan en las bibliotecas y las numerosas ediciones que del mismo se han publicado (2).

Sin embargo, no a todos los críticos ha merecido censura tan favorable, pues Sacy y Renán lo juzgan con alguna severidad. El primero tacha su estilo de extravagante y sistemáticamente hinchado, notando además que es oscuro por efecto del frecuente empleo de locuciones tomadas de las Sagradas Escrituras, locuciones cuya significación y valor dependen del diverso sentido que les han dado los comentaristas.

(1) El *Bechinat Olam* recibe el nombre de *הבל הברי קלד*, *Vanidad de las vanidades del mundo*: en muchas ediciones está dividido en catorce libros o tratados con un total de cuarenta y tres capítulos; en otras se divide en once libros con treinta y siete capítulos. Unas y otras van acompañados de dos o más largos comentarios; entre los que sobresalen el de Elías Hochheim, autor del comentario *ידו הזמן*, el de R. Moseh ben Sem Tob ben Chabib, y un anónimo que figura en la edición de Venecia de 1704 titulado *עץ הדעת טוב ורע*.

(2) He visto citadas cerca de cincuenta ediciones, de las que poseo seis. Ya a fines del siglo XVI Rodríguez de Castro enumera unas diez y seis y cuatro traducciones; Renán da noticia de cuarenta y tres; Borstel casi de otras tantas. Mi antiguo amigo y compañero Dr. Rubió y Lluch conoce hasta sesenta y siete. Para Rodríguez de Castro la edición *priniceps* es la de Soncino en 1484; pero Renán afirma que hay una anterior en 1476 y 1480 en Mantua, impresa por Estellina, esposa de Abraham Conato, con el auxilio de Jacob Levi. Lo mismo viene a decir Borstel en el prólogo de su versión holandesa de 1855.

Renán es más severo todavía. Según él, las ideas de Hapenini, si bien verdaderas en sí, no son otra cosa sino vulgaridades expresadas en un lenguaje lleno de adornos de mal gusto. No deberá extrañarnos ese juicio de Renán si tenemos en cuenta que sus censuras se extienden no tan sólo al lenguaje de nuestro autor, sino también al que usaron los rabíes españoles, y en general a la misma lengua rabínica, a la que califica de bárbara, pedantesca e invención de los siglos medios, que alcanzó su apogeo en el siglo XIII. Pero enfrente de tales opiniones están los elogios de todos los siglos, que lo consideran como un autor clásico. No falta quien afirme que R. Yedaiah excede en el asunto a Séneca y en el estilo a Lactancio. Ya se recordará el elogio autorizado y nada sospechoso de Felipe de Aquino. Lo cierto es que Hapenini enseña en este hermoso libro la vanidad de la vida terrena, si bien desde el punto de vista de la filosofía aristotélica, según frase de Steinschneider, y nos da a conocer el valor del conocimiento de la vida religiosa, y por medio de este conocimiento enseña la redención y glorificación del pueblo de Dios.

He aquí su comienzo: «Los cielos tienen su límite en las alturas, la tierra en las profundidades; pero la extensión del corazón humano es ilimitada. Penetrando los espacios etéreos, aspira al conocimiento de la primera causa donde está su origen. La investigación del hombre, pues, no conoce límites, pretende explorar las causas por las que actúa. -- Muchos son los pensamientos que engendra la mente humana: los del justo tienden únicamente a lo verdadero: en su interior santifica al Santo de Israel, y en sus labios da honra al Dios de la gloria». Termina el libro con la entusiasta admiración de Maimónides, de cuya obra (alude al *Moré Nebuchim*) dice que no se ha visto cosa semejante desde la publicación del Talmud.

Críticos de las centurias XV y XVI han señalado las alusiones que el autor hace de las obras de Aristóteles, de los comentarios de Averroes, y hasta el paralelo del *Examen del mundo* con otras obras de autores árabes y de escolásticos cristianos, y creo que pudiéramos añadir también con obras de autores místicos. ¿Quién duda que puede haber analogía entre el *בחינת עולם*, *Bechinat Olam* y el libro de la Imitación de Cristo? ¿Por ventura las ideas del desprecio del mundo y de sus vanidades no se hallan en autores tanto cristianos como judíos y árabes? ¿No se encuentran también entre judíos y gentiles almas en las cuales brilla el destello de la luz divina, cuyas inteligencias están libres de prejuicios, en cuyos corazones no fermenta la corrupción (1)?

(1) En prueba de que las máximas relativas al desprecio del mundo y de sus vanidades no son extrañas ni aún a los autores musulmanes, copiaré algunos de los aforismos o sentencias árabes que publicó Tomás Erpenio en su Gramática árabe, edición de Leyden, 1656. «El mundo es campo sembrado para la otra vida.» «Retirarse del mundo es propio del que lo desprecia.» «El mundo es lo más vil de cuanto hay, y el que lo busca el más despreciable.» «El que quiere sacar utilidad

Por lo que atañe a nuestro rabí, además de la luz natural de la razón poseía perfecto conocimiento de las Sagradas Letras, manantiales perennes de bondad, de verdad y de hermosura. No es extraño, pues, que en su libro campeen máximas de la más pura moral, habiéndosele llamado por eso mismo el *Young* (1) de los hebreos, y todo ello expresado en estilo poético enriquecido con las galas del buen decir. Gusta, en efecto, de similitudines y juegos de sinónimos; emplea la alegoría, שמך ירא, tan característica del estilo oriental, la que da lugar a comparaciones, como esta: «No te confíes a la amistad de nuestros tiempos, porque se levanta para caer luego con más rapidez que la sombra de la tarde. Serías semejante a aquel joven sin seso que pretendiendo coger con la mano los rayos del sol, cuando cree tenerlos se queda atónito viendo que nada tiene.»

Pero no son solamente las cualidades poéticas las que esmaltan las páginas del *Examen del mundo*, también su elocuencia en algunos pasajes raya, según Bédarride, a la altura de Bossuet. Permittedme, en comprobación de este aserto, trasladar un fragmento de la parte 3.^a, cap. 1.^o Dice así: «¿Por qué te jactas de haberte entregado a los placeres, entre una muchedumbre de jóvenes vanos? En medio de prados esmaltados que acarician los templados rayos del sol; confundido allí en medio de tus fogosos compañeros, o sobre pavimento de ricas piedras ibas a echarte en brazos de la voluptuosidad. ¡Insensatos! ¡Sólo halagan sus pasiones, no hacen caso de su alma, sólo les importa su envoltura corporal, sus vanas grandezas, que no son sino vanidad, humo, fuegos fatuos! ¿Ignoras acaso que hay quien toma nota de todas tus acciones, que por encima de ti hay oídos que te escuchan, que hay quien conoce tus insaciables apetitos? Cuando tu mano apartaba la valla que te detiene, la valla que plantó el Pastor celestial, ¿en qué fundabas tu esperanza? ¿Es que no hay por encima de ti un Dios que juzga tus acciones? Piensa que las mudanzas continuas que experimentan las cosas humanas no son debidas al azar ni a la casualidad, sino que son mensajeras de la Providen-

del mundo en el mundo, es lo mismo que el que quiere apagar el fuego con paja.» «Tres sabios hay: el que deja el mundo antes que él lo deje; el que edifica su sepulcro antes de entrar en él; y el que complace a su Criador antes de venir a su presencia.» «Alaba el hombre el mundo, y eso que lo mata.» «El mundo es dulce para el que no le conoce; pero amargo para el que entiende.» «Toda obra es de poco provecho para la otra vida, si la acompaña el deseo de las cosas mundanas.» «Miré al mundo de una ojeada atenta, y no vi en él otra utilidad que dejarlo.»

(1) Young, poeta inglés que tiene varios puntos de semejanza con nuestro Hapenini. Por los años 1742 a 1746 publicó sus *Pensamientos nocturnos* (Night thoughts), dividido en nueve noches. Es un poema religioso, moral y novelesco a la vez: sus asuntos son la inmortalidad del alma, la verdad de la religión cristiana, la necesidad de una vida religiosa y moral, etc.

cia, que las envía para castigo de los hombres o de los pueblos: piensa que es la boca del Omnipotente la que pronuncia la sentencia que abate a los soberbios y ensalza a los humildes.»

Aun a riesgo de fatigar vuestra benévola atención, permitidme, Señores Académicos, que traslade uno de los pasajes donde se pueden apreciar mejor las cualidades del escritor y sus bellezas de estilo. Es el cap. 1.º de la parte cuarta. «¡Oh mundo! ¡Oh fuente de corrupción y de muerte! ¿Será posible que se pueda esperar de ti lo inmortal e imperecedero? Cuando me pongo a escudriñar tu raíz y tu origen, de dónde procedes y cómo has sido formado, para ver si puedes proporcionar algún bien, he aquí lo que hallo: que los elementos que te han formado son los mismos que te han de destruir, que tus propios elementos constitutivos serán la causa de tu destrucción, y que las manos que te formaron son las mismas que te harán perecer (1). Y después que me he detenido en considerar tu vileza y descubierto tu ignominia y lo innoble de tu origen ¿andaré todavía tras de tí? ¿volveré a apetecer tu aparente hermosura, después de haberla despreciado en mi corazón? ¿cómo, pues, soy tan necio que de tus racimos amargos o del ajeno de tus uvas espero sacar sabroso fruto? ¿acaso del hedor de tus llagas purulentas, del veneno de serpientes se puede sacar dulzura? ¿o destilar miel del cadáver de un león? Cuanto más viendo que te apetecen los hombres de mala fama y te aborrecen los hombres de bien (2). Tú coronas el vicio y rechazas la virtud; tú reúnes en torno de ti a la gente más vil e indigna; si los malvados se quieren alejar de ti, tú los llamas, mientras que haces que de ti se aparten los hombres de bien que junto a ti se hallan. Con lo cual manifiestas tu perfidia tendiendo lazos a tus propios adoradores, te haces abominable porque derribas a los reyes del trono para sentar en él al último de los esclavos; entregas a la devastación la casa del justo;

(1) Un comentarista interpreta así estas palabras: «Después que he investigado todo esto, he llegado a entender que aquellas cuatro cosas (es decir, los cuatro elementos) que dije eran la causa de tu ser, son también por su naturaleza la causa de tu muerte; porque es propio de la materia despojarse de una forma para revestirse de otra.» El comentarista entiende, pues, por *hacedores tuyos (conditores tui)* los cuatro elementos que admitían los antiguos, que siendo entre sí antagónicos, van minando con el tiempo el edificio del cuerpo. Entiende también que por *las manos que te formaron* quiere significar Yedaiah los siete círculos planetarios por cuyo movimiento e influjo no sólo se producen las criaturas, sino que se engendran dolores, pues no pocas desgracias e infortunios acaecen, según esto, por influjo de los astros.

(2) Estas palabras glosa un comentarista diciendo: «Cuánto más viendo que los hombres a quienes el mundo proporciona riquezas y placres son en su mayor parte hombres que carecen de buena fama entre la gente sensata.» Y otro comentarista interpreta: «Cuánto más viendo que son viles e infames precisamente aquéllos a quienes el mundo ensalza y desea hacer felices.»

tu furor exhala fuego que devora los majestuosos cedros del Líbano, mientras que respeta el zarzal más abyecto; disimulas los crímenes y barnizas los objetos más repugnantes para ocultar las señales de su vileza.»

Y más abajo:

«Oh mundo falaz! ¿A quién puedes ser provechoso? ¿Acaso a aquellos a quienes acaricias, para luego chuparles la sangre? ¿o a aquellos a quienes adulas para hacerles luego el blanco de tus iras? Te adornas como la aurora, brillas un momento y desapareces al instante; tu resplandor aparece un momento en la cabeza de tus favorecidos, convirtiéndose en seguida en tinieblas; parece a veces que la fortuna va uncida a su carro triunfante, y al punto se ven reducidos a cubrirse de harapos: hoy su frente radiante parece ser el asiento de la serenidad, y mañana son presa de la cólera, de la miseria y de la muerte.»

«Te comparo, oh mundo, a una de esas caprichosas cortesanas que en sus brazos tienen adormecidos a sus esclavos, prodigándoles sus favores; pero en un momento de capricho estalla el odio y ella no conoce ya ni al hermano ni al amante...» Y prosigue después:

«Oh fortunat! me sometes a tu yugo, pero no podrás engañarme; cuanto más me halagas, tanto más pongo en guardia a mi corazón para evitar desagradables sorpresas. Semejante al tímido cordero, sufro y callo: me entristece el recuerdo de lo pasado, me llena de inquietud el presente y tiemblo por el porvenir: me dejo llevar adonde me ordena tu imperiosa ley a la que obedezco bien a pesar mío hasta el agotamiento de mis fuerzas, hasta que se me seque la sangre, con tal de que al fin me vea libre de tu dominio.»

Bastan estos fragmentos para justificar los elogios de que en todo tiempo ha sido objeto el *Examen del mundo* así entre los israelitas como entre los cristianos.

En muchas ediciones del *בְּחִינָה עוֹלָם* se inserta a continuación un pequeño poema que compuso, según se cree, a la edad de catorce años con el título de *בְּקִשָּׁת הַמַּמְיָן*, o sea, *oración* o *súplica*, el cual ofrece la particularidad de que las 974 palabras de que consta empiezan todas con la letra *mem*. Bartolucci lo titula *תְּהִילַת לַשֵּׁם*, *Tehil-lat Leschem* que quiere decir *Alabanza al Señor*. Semejante artificio indica claramente que se trata de juegos de palabras, parecidos a los de nuestro Lope de Vega cuando hacía composiciones literarias en las que no entraba, por ejemplo, la letra *a* o la letra *e*. Versa dicha oración sobre textos de las Sagradas Escrituras. El padre de nuestro autor (que era también poeta, aunque inferior en mérito) hizo un elogio en verso del poemita de su hijo, poemita que por otra parte no debe su celebridad más que a la circunstancia de venir publicado a continuación de la obra maestra. Cítase, no obstante, una edición que por separado salió a luz en Leipzig en 1662:

Análogas a la composición poética acabada de citar existen otras

dos que vienen a ser como poemas litúrgicos, que algunos han atribuido al padre. Llámase la una **בקשת הלמדין**, oración cuyas palabras empiezan todas por la letra *lámed*, y la otra **אלף אלפין**, es decir, *mil alefs* por la misma circunstancia. Siendo todas ellas de escaso mérito no hay por qué llamen especialmente nuestra atención.

Una obrita se descubrió hace poco, según Steinschneider, la que merece especial mención porque no se aviene al carácter serio de los escritos de Hapenini. Tal es el libro de la *defensa de las mujeres* o *protección para las mujeres*: **איהב נשים**. En general, los judíos no eran aficionados a esta clase de escritos; pero Judá ben Schabbetai, de Barcelona, compuso una diatriba contra ellas, **שונא נשים**, representadas por su autor bajo un tipo parecido a la mujer de Sócrates, Jantipa; y es muy posible que Yedaiah quisiera salir a la defensa de la mujer vilipendiada. Según Renán es un trabajo entre prosaico y poético, compuesto a la edad de diez y ocho años, y en él tomó por tema el **צלצל כנפים**, *ruido de alas* de Isaías XVIII, 1.

De la mayor importancia es la famosa *Carta apologética* que se titula **מכתב ההנצלות** dirigida al supremo rabí de Barcelona R. Salomón ben Addéréth con motivo del ya mentado decreto de 1305 que prohibía dedicarse al estudio de las ciencias filosóficas antes de la edad de 25 años. Esta carta es uno de los documentos más curiosos e importantes de la historia de las contiendas suscitadas por el *Moré Nebuchim* de Maimónides: es una razonada y sentida protesta contra aquella disposición, y al propio tiempo una apología del célebre cordobés, no menos que de los estudios científicos.

Después de un largo preámbulo, lamentase el autor de que no haya entre los judíos, hijos de un mismo padre, aquella concordia que debe reinar entre hermanos, y de que una buena parte de ellos ha de ser objeto de los rigores de la excomunión, por el solo delito de dedicarse a las ciencias profanas. Considera como paternas las reprensiones que Ben Adret dirige a los de su comunidad; pero se duele de que ellas alcancen hasta los judíos de Francia y de Alemania. Se extiende luego en consideraciones acerca del sentido alegórico en que eran interpretados muchos pasajes de las Santas Escrituras (1), y continúa declarando cuán útiles son a la misma religión los estudios de la lógica, de la física y de la metafísica. Enumera a tantos y tantos sabios, sobre todo españoles, que han descollado en filosofía, y de ahí toma pie para hacer un elogio caluroso de Maimónides. No termina aquí la carta. Atrévase R. Yedaiah a pedir explicaciones de porqué prohibiendo R. Salomón el estudio de la filosofía, autoriza, sin embargo, los de medicina, astronomía y matemáticas.

(1) Por ejemplo: si los doce hijos de Jacob simbolizan los signos del Zodíaco; si Abraham y Sara son el símbolo de la materia y de la forma, etc.

Pues si las ciencias filosóficas se consideran perjudiciales porque puedan conducir al hombre al indiferentismo y a la impiedad, por análoga razón, dice Hapenini, el estudio de la astronomía puede llevar al culto de los astros, y el de la medicina a poner toda la confianza sólo en los remedios humanos y no en Dios.

Aquí daría fin, Señores Académicos, a la reseña de los trabajos literarios de R. Yedaiah, si no existieran otras dos obras de relativa importancia que con más o menos fundamento se atribuyen a nuestro rabí barcelonés. Una de ellas es la titulada **ספר מבחר הפנינים**, *Séfer Mibhar Hapeninim*, esto es, *Colección de perlas*, libro notable dividido en 42 capítulos con sendos comentarios marginales. El libro indudablemente honra a su autor, el cual ha coleccionado una porción de dichos y sentencias filosófico-morales tomadas de autores antiguos hebreos, griegos y árabes. Sirvan como muestra las siguientes: «El hombre es sabio mientras busca la sabiduría: es necio cuando cree haberla hallado». «No se come nunca miel sin que esté mezclada de veneno». «Las riquezas disimulan los defectos de los hombres y justifican sus vicios». «Quien una vez ha cometido una acción indigna se hace sospechoso para siempre» (1).

La coincidencia del título de la obra *Mibhar Hapeninim* con el sobrenombre *Hapenini* de R. Yedaiah puede haber sido el fundamento de atribuir a éste la paternidad de la obra, además del carácter moral de la misma tan en armonía con el genio de nuestro autor. El distinguido profesor de Literatura rabínica de la Universidad de Madrid, Dr. A. S. Yahuda, opina que no es obra de R. Yedaiah, antes bien sospecha que sea una traducción de un libro escrito en árabe por Salomón ben Gabirol titulado **مختار الجواهر** *Mojtar Aldjauáhir* que quiere decir *Perlas escogidas*. Es lo cierto que en una edición que tengo a la vista, impresa en Amsterdam en 1887, no consta que Hapenini sea el autor ni el traductor.

La otra obra atribuida a R. Yedaiah es la titulada **מעדני מלך**, *Delicias del Rey*. Es un tratado acerca del juego del ajedrez, obrita anónima impresa junto con otras dos sobre la misma materia, una en verso de Aben Ezra y otra en prosa de R. Bonsenior Aben Jachia. Los tres tratados se imprimieron en un mismo volumen en Oxford con el título: *Shahidudum traditum in tribus scriptis hebraicis, quae sunt: Rabbi Abraham Aben Ezrae elegans poema rhythmicum: R. Bonsenior Abben Jachiae facunda oratio prosaica: Liber Deliciae Regum prosa stylo puriore, per innominatum*. Pues bien, este último tratado anónimo es el que se atribuye a Yedaiah Hapenini fundándose en las palabras del prólogo en

(1) Es curiosa la siguiente anécdota contenida en este libro: Un rey había hecho grabar en su anillo las siguientes palabras: *molestus es, surge*, y siempre que recibía una visita importuna solía enseñar la inscripción al visitante.

que el autor tomando por tema aquellas palabras del Talmud que dicen: *Siendo yo niño era tenido por hombre; y ahora que soy viejo seré tenido por niño*, declara que desde muy joven se había entregado al estudio de las Sagradas Letras y frecuentado las escuelas así en calidad de discípulo como en la de maestro, enseñando de palabra y por escrito el camino de la perfección; y sin embargo al cabo de treinta años se ponía a dar reglas sobre el juego, siendo así que era uno de los vicios que más había reprendido en sus escritos. Pero reconociendo que los hombres necesitan de algún recreo honesto para descanso de sus fatigas, y para poder continuar con más gusto el camino de la virtud, se ponía a dar reglas sobre el juego del ajedrez, a fin de apartar a los hombres de los innobles de los dados y naipes; pues el juego del ajedrez a más de deleitar instruye en las máximas de sana filosofía, enseñando al hombre a gobernarse a sí mismo, dirigir a otros y tratar a todos con equidad y justicia. Sigue luego el desarrollo de la obra, cuyo plan es: excelencia y beneficios que trae este juego; su invención; cómo se dispone el tablero; piezas de que se compone el juego; y finalmente sus leyes.

En este prólogo fácilmente se descubre que su autor fué un moralista, cuyos rasgos coinciden exactamente con los de Hapenini, confirmando esta sospecha la aparente cita del título *Examen del mundo*. He aquí las palabras textuales de la versión de Tomás Hyde: *Mente pervolvi in diebus juventutis meae, ad explorandum et inquirendum eventus temporis ab initio ad finem, et examinavi illos in calinis examinationis, EXAMINE AETERNO* (כַּיּוֹם עַלְמָא dice el texto hebreo), *lapide probationis*. Por esta razón Wolf, Rodríguez de Castro, Zunz, Graëtz, Neubauer y otros atribuyen las *Delicias del Rey* a Hapenini. Modernamente, sin embargo, se ha puesto en duda que la obra sea de nuestro rabí. Zedner observa que el estilo no es el propio del autor, quien además menciona los juegos de naipes, tal vez aún no conocidos en su tiempo; Forbes hace notar que al final de la obra se hace referencia a la facultad de *enrocar* que, según Van der Lindé, se practicó más tarde en Italia. Steinschneider afirma que la obrita pertenece al siglo XVII y que su autor es probablemente Judá de Módena, pero no alega prueba ninguna.

A pesar de estas últimas razones pareceme que no hay inconveniente en afirmar con las autoridades antes citadas que las *Delicias del Rey* son de R. Yedaiah, teniendo en cuenta que si bien la primera edición de Oxford es de fines del siglo XVII (1694), fué tomada, según su editor y traductor el ya mencionado Tomás Hyde, de manuscritos que pudieran ser bastante más antiguos. Fué precisamente en el siglo XIII cuando el rey Alfonso X ordenó componer un libro sobre el juego del ajedrez entonces muy en boga. El Rey Sabio condenaba en el libro de las *Taufurías* el abuso de los juegos, exceptuando, sin embargo, algunos como este del ajedrez, del cual dice que mostraba «cómo los reyes en el tiempo de las guerras, en que se fazen las huestes, han de guerrear á sus enemigos, punnando de los vencer, prendiéndolos et matándolos ó echán-

dolos de las tierras; et otrosy cómo en el tiempo de las pazes han de mostrar sus thesoros et sus riqueças et las cosas que tienen nobles et cōstrãnnas». Pues si con tal objeto el rey de Castilla mandaba componer el *Libro del Açedrez et de los dados et de las tablas* en 1283 ¿no es verosímil que con idéntico fin pudo componer nuestro Hapenini, por ese mismo tiempo, un tratado semejante? En la *Cadena de la tradición* se hace el elogio de otro poema titulado *Delicias del Rey*, que probablemente es imitación del que nos ocupa, compuesto o traducido un siglo más adelante, y atribuido a R. Moseh Açan de Zaragoza.

He fatigado quizás en demasía vuestra atención abusando de la indulgencia que me habéis otorgado. Así pues, doy por terminado este ligero esbozo de un personaje digno de mejor pluma que la mía, declarando que mi propósito sólo ha sido por una parte divulgar el conocimiento de la nobilísima figura de R. Yedajah Hapenini, la cual, si no puede menos de ser simpática para todo amante de las buenas letras, mucho más debe serlo para nosotros, porque habló nuestra misma lengua catalana y convivió con nuestros gloriosos antepasados; y por otra parte me ha guiado el deseo de estimular la afición al estudio de las obras de los rabíes españoles, aportando siquiera una insignificante contribución al conocimiento de una de las más importantes manifestaciones de la literatura patria.

HE DICHO

CONTESTACIÓN.

DE

D. Juan B. Codina y Formosa, Pbro.

Señores Académicos:

Seré breve en el desempeño del cometido reglamentario de contestar al Discurso del Dr. Barjau, y habría declinado este honor, y hasta lo habría viva y respetuosamente recusado, a no sentir que me obligaba a aceptar el encargo mi antigua y sincera amistad con el nuevo Académico.

Tenéis conocida de sobra la fisonomía literaria del Dr. Barjau; pero en este solemne día, bien que no sé me oculta que mis palabras alarmarán su proverbial modestia, debo, por lo menos, hacer mención sumaria de los méritos que lleva contraídos.

Dedicado a la enseñanza desde los primeros años de su juventud, ganó en 1895 la Cátedra de Hebreo de la Universidad de Sevilla, pasando a ocupar-la de nuestra Universidad en 1904 por el fallecimiento del Doctor Donadiu.

En su Discurso inaugural de 1898, fué el primero en dar a conocer entre nosotros la importancia de un fragmento hebreo del libro de Ben Sira, más comúnmente conocido por el nombre de libro del Eclesiástico, — cuyo original se había perdido, no existiendo más que la versión de los LXX, — adquirido algunos meses antes por dos viajeras inglesas, en Oriente, las señoras Lewis y Gibson; y de otro fragmento más extenso, descubierto por Sayce en la *gueniza* del Cairo, — aposento subterráneo donde son depositados los libros y documentos religiosos ya inservibles (1), — un anejo o una sucursal de la célebre sinagoga de Ezra.

(1) I. Lévi, *L'Ecclésiastique*. Introd., pág. vii: Les Israélites pieux, s'interdisant la destruction de tout livre ou document hébreu, surtout quand le nom de Dieu y est écrit, jettent dans un local *ad hoc*, nommé *gueniza* (salle d'enfouissement), tous les textes qui sont hors d'usage.

Profundo conocedor de la lengua santa, consiguió dominar en breve la arábica, en cuya explicación alterna con la del hebreo, y de la cual escribió en 1911 una Gramática, compendiosa pero completa, a tenor de las de Codera y de Ayuso, celebradas por todos los que saben que los tratados difusos y sobrecargados de detalles, son un verdadero calvario, aún para los alumnos adornados de las mejores prendas y dotes naturales para el cultivo de los estudios de esta clase.

No es menor el dominio que ha obtenido sobre el rabínico, pudiendo así penetrar con seguro paso y esparcirse bajo la fronda enmarañada y lujurante de esta literatura.

Una prueba de lo que vengo diciendo la tenéis en el Discurso que acabáis de oír, y cuya significación es muy alta.

En efecto; los materiales de estudio en rabínico son menos numerosos que en árabe, pero son también muy importantes.

Viscassillas escribe (1): «La ruina de las escuelas judaicas de Oriente, es decir, las de la región de Babilonia, llevada a cabo por la conquista de los árabes en aquel país, dió lugar a que en los siglos IX y X de la era cristiana, huyeran de allá y buscaran asilo hospitalario en España multitud de sabios rabbís, así como otros se trasladaron al Africa septentrional, trayendo a nuestra querida patria la semilla de la floreciente cultura y exuberante ciencia que los musulimes y los judíos habían alcanzado en aquellos tiempos, viniendo a ser España el emporio de la ciencia rabbinica, la cual tuvo más tarde, en los siglos XII, XIII, XIV, XV y aún XVI, sapientísimos representantes en los Aben-Ezra, Maymónides, Quimjis, Sem-Tob, Josué de Lorca, Abarbanel, Ghedaliah, Emmanuel Aboad, etc.»

Antes había dicho Menéndez y Pelayo (2): «Con el califato cordobés empieza la edad de oro para los judíos peninsulares. Rabí-Moseh y Rabí-Hanoc trasladan a Córdoba las Academias de Oriente. R. Joseph-ben-Hasdai, médico, familiar y ministro de Abderrahman III, tiende la mano protectora sobre su pueblo. Y a la vez que éste acrece sus riquezas y perfecciona sus industrias, brotan filósofos, talmudistas y poetas, predecesores y maestros de los todavía más ilustres Gabiroles, Ben-Ezras, Yehudah-Leví, Abraham-ben-David, Maimónides, etc.»

De suerte que aun cuando parece indubitable que en la orgía de sangre en que se mancharon con indeleble estigma las principales ciudades de la Península en 1391, se perdería buena parte de este riquísimo tesoro, y que tamaño desastre sería acrecentado por el decreto de expulsión de 31 de Marzo de 1492, en los albores de la imprenta, no es menos cierto que ni la destrucción y el saqueo de los *calls* y de las aljamas, ni las matanzas, ni el destierro pudieron extinguir los fulgores de tan esplendorosa civilización.

(1) *Nueva Gramática hebrea*. Reseña histórica, pág. xci.

(2) *Historia de los heterodoxos españoles*, 1.^a edic., tomo I, pág. 627.

Por esta razón todos convienen en que la literatura rabínica, al igual que la árabiga, forma parte de la literatura española; y reconocen que es preciso estudiar a fondo y divulgar todas las manifestaciones que el espíritu de aquellos dos pueblos hermanos nos ha legado de los siglos en que convivieron con nuestros antepasados, comunicando así un impulso cada día mayor a una tradición representada principalmente por la Biblioteca rabínica española de Rodríguez de Castro, a fines del siglo XVIII, émula de la de Bartolucci; tradición que interrumpieron nuestras desventuras políticas, tales como la funesta invasión napoleónica y las no menos aciagas discordias civiles que ensangrentaron el suelo hispano.

En la renovación de los estudios orientales que se siguió a tan calamitosos tiempos, y a pesar de que, en España, la lengua de los descendientes de Isaac es más cultivada que la de los descendientes de Ismael (1), han logrado mayor fortuna los arábigos que los rabínicos.

Bien se os alcanzan las causas de este, a primera vista, fenómeno singular. A lo que dejo indicado acerca del mayor número de materiales en árabe, hay que añadir que en ningún Reglamento de Instrucción pública, ni en ningún Plan de Estudios de nuestros Seminarios, figura seriamente, que yo sepa, la enseñanza del caldeo y del rabínico (2). Ahora bien, aunque el hebreo, el caldeo y el rabínico proceden del mismo tronco semítico, y el hebreo y el rabínico son además dos vástagos de la rama cananea, difieren entre sí; por manera que no todo hebraizante capaz de comentar con agudeza de ingenio la Tora, lo es para traducir con llaneza y lisura, tan siquiera los trozos caldeos de Jeremías, Daniel y Esdrás; y un documento rabínico puede resultar un jeroglífico para muchos que son aptos para traducir y comentar cualquier libro de la Biblia.

Esto no obstante, los trabajos de García Blanco, Amador de los Ríos, Fernández González y otros, figuran dignamente al lado de los de Simonet, Lerchundi, Codera, Almagro, Ribera, Asín Palacios, Giménez Soler, etc. Y la reciente creación de una cátedra de literatura rabínica en la Universidad de Madrid, confiada al Dr. Abraham Salom Yahuda, nos permite esperar frutos abundantes, sobre todo para el día en que sus alumnos estén debidamente dispuestos merced a una buena preparación gramatical.

Creo que lo dicho me dispensa de hablar de lo que significa la labor del doctor Barjau. Los que habéis oído su Discurso en que con maestría ha puesto de realce la notabilísima figura de Rabí Yedaiah Hapenini,

(1) No debo hablar aquí de los que, como Renán (*Études d'histoire religieuse*, V) califican de leyenda esta filiación de los árabes.

(2) En el *Kalendarium scholare* de Tarragona (1916-1917) leemos: *Lingua hebraica et notiones linguarum orientalium*. El título nos parece tan vago como plausible.

convenís en que el trabajo del nuevo académico es un sillar añadido al grandioso monumento que nuestros orientalistas deben y quieren levantar en honor de los rabinos españoles.

Voy a terminar. Puesto que he debido aludir a sucesos de triste recordación, permitidme que en pro de las ciencias y de las artes, haga votos para que plegue a Dios conceder a nuestra querida España, a la Europa entera, a toda la humanidad, días como los que el rabí más elocuente de Israel contemplara deslizarse debajo del cielo, siempre luminoso y sonriente, de los tiempos mesiánicos; días venturosos en que el profeta *no oía voz de llanto ni voz de lamento* (1), y veía *las lanzas transformadas en hoces y las espadas en rejas de arado* (2). El fragor bélico de los dos hijos varones de Ares y de Citerea desasosiega y ahuyenta a las nueve hijas del pródigo Zeus y de Mnemosine, *en cuyo pecho*, como canta Hesíodo, *el ánimo está libre de cuidados* (3). Hoy, como en ninguna otra época de la Historia, sube del corazón a los labios, pero lúgubre y ansiosa como un treno del profeta de Anatot, la tierna exclamación de Tibulo (4):

¡At nobis, Pax alma, veni!

HE DICHO

(1) Isaías, *Profecía*, LXV, 19.

(2) Id., II, 4.

(3) *Teogonía*, versos 60-61.

(4) *Elegiae*, lib. I, eleg. XI, verso 67.